



# “Pero yo no sé todas las respuestas...”

Pastor Eddie Idefonso

Nunca lo he visto perder un debate — formal o informal. De hecho, Gary es una de las personas más brillantes que he conocido. Recuerdo una de nuestras primeras conversaciones. Mientras tomábamos café, nuestra plática se dirigió gradualmente hacia el estado respetable e intelectual del ateísmo. Gary en ese entonces era un ateo declarado, y yo, un cristiano joven, ansioso pero intelectualmente comprometido. Si nuestra conversación se tornaba como un debate, entonces yo generalmente salía perdiendo.



Sin embargo, ahora, al mirar atrás, no me siento tan mal. En primer lugar, Gary y yo nos hemos convertido en muy buenos amigos. En segundo, he aprendido que ganar a alguien en un debate teológico no debe ser la meta, aunque una vez lo fuera para mí.

Cuando hace muchos años me embarqué en esas discusiones, siendo estudiante universitario, por todos lados proclamaba la verdad con los argumentos más “intelectuales” a mi disposición. Aunque “salía airoso” de algunos de esos debates, no ganaba muchos corazones. Las personas se marchaban murmurando entre dientes: “¡como tú digas!” Los apagué con mi trato autoritario y tosco.

Un diálogo fructífero involucra mucho más que las respuestas correctas o los elevados argumentos para probar la veracidad del evangelio —lección que apenas había empezado a aprender en mis días de universitario. Desde entonces, Dios me ha ayudado a ver la necesidad de la presencia de otros dos componentes cruciales en mis conversaciones sobre espiritualidad con las personas que no son creyentes: seguir la guía del Espíritu Santo y responder a los demás con verdad y gracia. He aprendido —a la manera dura— que cuando hablo la verdad sin ceder a la dirección de Dios o sin practicar la gracia, puedo provocar más daño que bien.

## El sabelotodo

Uno de los versículos que había memorizado y que recordaba muy a menudo mientras obtenía mi grado en Filosofía es **1 Pedro 3:15**: “**Siempre preparados para presentar defensa ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros**”. Por años, trabajé bajo la idea errada de que estar “*preparado para presentar defensa*” me obligaba a abordar cada pregunta u objeción que atacaba el cristianismo. Si no podía ofrecer ninguna respuesta con prontitud en cuanto a los asuntos más complejos, sentía que decepcionaba a las personas (o peor aún, a Dios).

Con el tiempo, Dios me enseñó que había tergiversado el principio de ese pasaje llevándolo a una dimensión ajena a

la intención de Pedro. Como resultado me formé una expectativa distorsionada y absurda de cómo responder a las preguntas. La exhortación de Pedro obedece a que estamos para **“presentar defensa”** porque tenemos *esperanza en Cristo*. No está pidiendo que nos aseguremos intelectualmente antes de involucrarnos en conversaciones sobre asuntos espirituales.

Como seguidores de Cristo, tenemos la responsabilidad de pensar cuidadosamente las preguntas difíciles que confrontan nuestra fe. Pero si creemos que nuestra tarea consiste en responder a cada pregunta sobre el cristianismo, con toda probabilidad cometeremos uno de los dos siguientes errores: Evitaremos aquellas oportunidades encaminadas por Dios para que evangelicemos o dependeremos arrogantemente de nuestra destreza en cierto tema en lugar de depender del Espíritu Santo. Analicemos ambos errores.

**Evitar.** Cuando pienso que debo tener todas las respuestas, soy capaz de evitar situaciones difíciles o en las que me siento incómodo, incluso en aquellas conversaciones en las que Dios me llama a dar a conocer su luz. Cuando empecé mis estudios universitarios, sufrí del “factor de intimidación”. Fácilmente me paralizaba cuando conocía gente que consideraba más inteligente que yo. Esto me ocurría porque temía que me hicieran preguntas que no podría responder, por eso evitaba hablar sobre asuntos espirituales.

Esta tendencia se pronunció aún más después de mi discusión con Gary. Meses después, logramos conocernos más en nuestras clases. Cuando el tema de Dios inevitablemente surgía, me sentía

vacilante, evasivo, y vago —ansioso de evitar una revancha en la que fracasaría una vez más en responder adecuadamente a sus preguntas. Algunas veces, incluso, intentaba dejar a Dios fuera de la conversación. Odiaba sentirme estúpido y odiaba la idea de no tener las respuestas.

En su gentil, pero firme trato, Dios me ayudó a entender que existía en mí un problema mucho más profundo: Lo que realmente odiaba era quedar mal. Me mostró que necesitaba relacionarme con Gary y compartir la realidad de mi vida, y no una imagen cuidadosamente fingida. Necesitaba desear honrar a Dios y amar a Gary más que a mi reputación, con ese necio afán de protegerme a mí mismo. Si no sabía la respuesta “correcta”, necesitaba decirlo.

Por la gracia de Dios, empecé a confrontar mi temor de hacer un mal papel y a compartir el evangelio con más frecuencia. Desafortunadamente, evitar estas conversaciones no era el único problema que enfrentaba cuando se trataba de evangelizar.

**Arrogancia.** Después de estudiar filosofía (y apologética) por un tiempo, decidí no ceder más a la tentación de evitar a las personas “brillantes”. De hecho, empecé a buscarlos, ansioso de hablar de Jesús con cualquier persona que estuviera dispuesta a escuchar. No obstante, no había cambiado, la naturaleza egocéntrica de mi pecado seguía activa. Sencillamente se había puesto una máscara diferente. Todavía dependía de mis propias habilidades. En lugar de sentirme atemorizado, dependía de mi propia fuerza más allá de lo que debía. En cierta forma, esto era peor porque aparentaba ser más espiritual.

Aunque “testificaba” a muchas personas y respondía a sus preguntas, fallé en depender de la habilidad del Espíritu Santo para guiar aquellas conversaciones y ayudarme a identificar los problemas reales con los que estaba tratando. Si hubiera sido más sensible al Espíritu Santo, creo que esa temporada hubiera sido más fructífera.

### **Guiado por el Espíritu**

Pablo describe la importancia de depender del liderazgo del Espíritu en **1 Corintios 2.1–5**: **“Cuando fui a vosotros, hermanos, proclamándoos el testimonio de Dios, no fui con superioridad de palabra o de sabiduría, pues nada me propuse saber entre vosotros, excepto a Jesucristo, y este crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y con temor y mucho temblor. Y ni mi mensaje ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración de Espíritu y de poder, para que vuestra fe no descansa en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”**.

Cuando Pablo ministró a los corintios, él pudo haberles hablado con una teología sofisticada (como lo hizo en su carta a los Romanos) o con sagaces observaciones filosóficas o culturales (como ocurrió con los atenienses), pero no procedió así. Pablo no vino **“con superioridad de palabra o de sabiduría”**. En lugar de eso vino **“con demostración del Espíritu y de poder”** —el poder redentor de Dios a través de su trabajo. En otras palabras, el ministerio de Pablo a los corintios fluía a través de su relación con Dios y su percepción exacta de lo que Dios había hecho y continuaba haciendo en él por causa de la cruz. Pablo escogió relacionarse

con los corintios con base en su relación con Dios y guiado por el Espíritu Santo. No intentó manipularlos en lo absoluto; permitió que el Espíritu y Sus obras en su vida fueran los que los convenciera.

También estoy aprendiendo a seguir la guía del Espíritu. Cuando estoy sensible a él, sé cuándo hablar y cuándo escuchar; sé cuándo ofrecer argumentos bien razonados y cuándo responder desde mi corazón y experiencia con Dios. De cualquier forma, es el Espíritu que maneja la agenda, no yo. Aunque Dios usa nuestro entrenamiento, talentos, áreas de especialización mientras hablamos con personas que no son creyentes acerca del reino de Dios, él no quiere que *dependamos de* estos recursos como si fueran lo que más importara. El Espíritu nos mostrará cuándo y cómo hablar la verdad en la vida de alguien. Tomás y yo hemos tenido numerosas conversaciones intelectuales acerca de Dios. Hemos abordado temas como la razón por la cual Dios permite la maldad en el mundo, si los argumentos de la existencia de Dios son apremiantes, y si es justo que Dios espere que todo el mundo acepte a Jesús y reciba vida eterna. Algunas veces, mis argumentos tienen sentido. Otras veces, soy incapaz de responder a sus objeciones en una forma que desafíe sus creencias —o en una manera que satisfaga mi necesidad de responder correctamente. Pero, incluso, cuando Gary ha permanecido escéptico ante mis creencias, he aprendido a seguir al Espíritu mientras me guía para describirle a Gary las formas en que he experimentado a Cristo en mi vida —no como un concepto intelectual aislado, sino como una

persona con la cual cultivo una relación.

Eso nos ocurrió una vez durante nuestro segundo año juntos en la universidad. Estábamos estudiando para un examen sobre Platón y discutíamos lo que los eruditos llaman el dilema de Eutifrón —un problema que Sócrates formuló para todo aquel que creía en Dios y en las normas morales absolutas. Gary creía que el dilema de Sócrates era convincente y opinaba que probaba que la creencia en Dios era lógicamente incoherente. No tenía ninguna respuesta para Gary. Mientras hablábamos, sin embargo, me di cuenta de que no importaba si ganaba o no la discusión. En ese momento, el Espíritu me animó a explicarle a mi amigo cómo caminar con Dios me ayudó a reflexionar sobre la moralidad. Le expuse por qué las normas de Dios de lo correcto e incorrecto no significaban para mí meras abstracciones metafóricas sino verdades escritas en mi corazón. Le compartí cómo intuía que mi motivación para actuar era la correcta y legítima y fluía de mi amor a Dios y mi confianza en que Su interés hacia mí es para lo mejor. Podía descansar en la convicción de que al final encontraría mi realización al seguir los caminos de Dios. Ese día no gané ningún argumento con Gary. Pero sí le descubrí una imagen de Dios y mi relación con él —nunca antes vista por él. Era una imagen que incluía no solamente la verdad de Dios, sino, también, revelaban su gracia.

*continuará en la próxima edición...*



**W.L.A. Living Word Christian Center**  
6520 Arizona Avenue  
Los Angeles, CA 90045  
(310) 645-2522

**English**

Worship Service Sunday 10:30 a.m.

Bible Study: Monday 7:30 p.m.

**Español**

Culto de Alabanza Domingo 8:00 a.m.

Estudio Biblico: Viernes 7:30 p.m.

**Living Word Christian Academy**  
K-12  
(310) 665-0137

**Email: [admin@wlalwcc.org](mailto:admin@wlalwcc.org)**  
**Web: [www.wlalwcc.org](http://www.wlalwcc.org)**



West Los Angeles  
Living Word Christian Center  
**THE LIVING WORD**  
6520 Arizona Avenue  
Los Angeles, CA 90045

**NON-PROFIT ORG  
U.S. POSTAGE**

**PAID**

**LOS ANGELES, CA 90009  
Permit No. 527**



## **Peticiones de Oración**

Misión de Los Angeles

Phil Burno

24 de agosto

## **Viajes Misioneros 2,007**

Honduras

13 -18 de agosto

Pastor Eddie

Escuela Pastoral